

LA IMPOSIBLE FILIACIÓN

Althusser como condición de nuestro presente*

Rodrigo Karmy Bolton**

Reseña:

Bórquez, Zeto y Rodríguez, Marcelo, comps. 2012. *Louis Althusser. Filiación y (re) comienzo*. Santiago de Chile: Facultad de Artes, Universidad de Chile.

Zeto Bórquez y Marcelo Rodríguez han editado el libro *Louis Althusser. Filiación y (re) comienzo* publicado por la editorial del Programa de Magíster en Teoría e Historia del Arte. Con una breve introducción, los editores plantean una reflexión acerca de las condiciones históricas de aparición de un libro como éste. Aparición espectral que llevará consigo el signo de una filiación y un comienzo, de una tradición y de una ruptura.

Lo nuevo y lo viejo co-existiendo en un solo movimiento que atraviesa las formas históricas de su clausura. Una clausura que habría tenido lugar a partir de un doble: por un lado, aquél que compromete a la izquierda chilena con la renovación socialista operada desde los años 80 en adelante, por otro, aquél que proyecta a otra izquierda hacia el registro de la estética en favor de la fórmula benjaminiana de la "politización del arte". Una doble clausura que en Chile haría cómplice de la clausura althusseriana a aquella vía que jugaba a la renovación socialista, con aquélla que constituía su crítica. Doble clausura que habría dejado a Althusser en una tierra silenciosa, un campo escabroso, un no-lugar en el que todo lo que habita se torna absoluta novedad.

En este registro, no deja de ser curiosa la lectura que Bórquez y Rodríguez nos sugieren: se trata de un Althusser nuevo y a la vez, de la novedad ínsita a Althusser. Novedad que se deja entrever en la insistencia del filósofo en la noción de "ruptura epistemológica" una vez acuñada por Bachelard, como enclave decisivo a través del cual se vuelve posible pensar el ethos revolucionario presente en Marx. Porque, según Althusser, si Tales de Mileto habría "provocado" el nacimiento de la filosofía platónica, si Galileo habría abierto el continente de la naturaleza física, Marx habría provocado el "nacimiento de una nueva filosofía teórica y prácticamente revolucionaria" que daría luz a la historia como objeto de una nueva "práctica teórica". Así, si Marx inicia su periplo crítico preguntando a los alemanes "¿dónde están nuestras revoluciones?", Althusser inicia el suyo a

* El presente texto reproduce las palabras pronunciadas por el autor, con ocasión del lanzamiento del libro editado por Zeto Bórquez y Marcelo Rodríguez, *Louis Althusser: Filiación y (re)comienzo*. El lanzamiento, organizado por el Magíster en Filosofía de la Facultad de Filosofía y Humanidades y el Departamento de Teoría de las Artes de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile, tuvo lugar el 31 de agosto del 2012.

** Rodrigo Karmy es psicólogo de la Universidad Diego Portales, Magíster en Filosofía, mención axiología y filosofía política en la Universidad de Chile y Doctor en Filosofía en la misma casa de estudios. Actualmente se desempeña académicamente en el Centro de Estudios Árabes de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

la inversa, preguntando “¿dónde están nuestros teóricos?” No deja de ser sorprendente el trayecto que va de Marx a Althusser: si el primero inició su trabajo con la exigencia de abandonar la filosofía en favor de la transformación del mundo, el segundo sabe que sólo se podrá realizar dicha transformación si es que el marxismo retorna a una cierta forma de reflexión filosófica que Althusser denominará “práctica teórica”. La historia se vuelve el terreno privilegiado de una nueva ciencia que sólo un minucioso trabajo filosófico podrá realizar.

Una historia que, desde el marxismo, será concebida como atravesada por la intensidad de sus rupturas, y una ruptura que advierte la novedad de dicha intensidad. Quizás, sea en virtud de ese nuevo campo que Althusser reivindica para el marxismo, lo que permita cruzar a su pensamiento con el de Jaques Derrida. Ambos, enfrentados a la dicotomía que ya planteaba el célebre congreso *Las nociones de Génesis y Estructura* celebrado a la mitad de los años 60. No deja de ser extraño la ausencia de Althusser en él, no obstante, la reflexión marxista se lleva a cabo con la presencia “hegeliana” de Ernst Bloch. ¿Habría que leer eso como un síntoma “humanista” del marxismo de la época? Pues bien, entre la génesis y la estructura, tanto la mentada “anarquía del noema” escombrada por Derrida en esa célebre conferencia acerca de Husserl, como la noción de “ruptura epistemológica” reinscrita en el horizonte marxista por parte de Althusser, quizás constituyan el advenimiento de esa novedad absoluta en el seno de una filosofía que insistirá en la imposible filiación, en los lugares de ruptura en la que ésta se revela como una deriva enteramente bastarda.

La imposibilidad de la filiación será un comienzo que no se deja capturar por el mitologema del origen. Sin filiación es la estrategia con la que el pensamiento althusseriano enfrentará al capitalismo toda vez que éste deja entrever una filiación en la otrora figura del Hijo que la trinidad agustiniana ha legado a Occidente. Quizás resulte extraño plantear el asunto de este modo, pero la insistencia althusseriana en torno a la ruptura de Marx con Feuerbach, es decir, con el filósofo de *La esencia del cristianismo* y de *Filosofía Futura*, que inventa el humanismo ateo bajo la fórmula de la “inversión” de los conceptos hegelianos, muestra que la cuestión de la filiación habría que pensarla también, en el horizonte de una crítica radical a la “antropología” legada por la teología cristiana. Por eso, pensar sin filiación implica operar un desmontaje sobre la Trinidad y, con ello, la posibilidad de dejar atrás un “humanismo” radical o no en la práctica teórica del marxismo que, por la época, estaba representada específicamente por los nombres de Sartre y Marcuse.

La cuestión teológica del Hijo nos lleva a un lugar de recepción bastante singular: Chile. Ese país en el que el drama se juega en la permanente obsesión de fundar una filiación en la forma de la “copia feliz del Edén”. El adjetivo “feliz” no constituye un simple adorno, sino más bien, el índice de una denegación que opera para oscurecer al abismo siempre en falta de filiación. “Feliz” es el operador capaz de suturar esa falta, ese hiato que inquieta más allá de la remisión a la dicotomía entre génesis y estructura. “Feliz” es el nombre de una violencia de la fundación y, a la vez, de la fundación de la violencia. “Feliz” es la bisagra que funda filiación allí donde no la hay. “Feliz” es la ficción sobre la que se instituye toda filiación. Ficción que saca chispas y que, sin embargo, abre la escena a la constitutiva melancolía de quien desea un objeto que está irremediabilmente perdido. Por esa misma razón, “feliz” no puede ser más que la “infelicidad” constitutiva a

un país que, creyéndose “excepcional”, no puede dejar de repetir su estatuto de “copia”. La constitutiva “infelicidad” de la “copia feliz” nos convierte en la pequeña burguesía respecto del “Edén” al que apela. Y con ello, nos devuelve la bastardía absoluta sobre la que nos erigimos. La dictadura cívico-militar que asoló recientemente a la vapuleada república, quizás, pueda ser pensada como un movimiento de apocatástasis a través del cual se consuma la violencia de una filiación. Filiación que nos reenvía al problema del comunismo o de la comunidad. ¿Cómo pensar una comunidad sin filiación, sin fraternidad? O, lo que es igual, ¿bajo qué condiciones podríamos pensar esa “copia” sin un “Edén” último al cual remitir? ¿Y no es dicha copia sin Edén, la fórmula del simulacro?

Quizás estas preguntas hagan eco de la dirección en la que Althusser situaba al marxismo: “Filosofar es volver a comenzar por nuestra cuenta la odisea crítica del joven Marx (...)” Frente a la concepción melancólica de Hegel, según la cual, “el búho de Minerva eleva su vuelo al atardecer”, la exigencia de Althusser es situar a la filosofía como un “volver a comenzar”. A la filosofía le estará destinado el nacimiento y ya no la muerte, el comienzo y ya no el fin. No se tratará de esperar la muerte, sino de transformar la vida. Pero además, la exigencia althusseriana lleva consigo el “por nuestra cuenta” que nos abre a un pensamiento de la intemperie que alegremente asume la entera muerte de Dios. Asumir dicha muerte implicará situar a un Althusser como pensador del “comienzo” antes que un pensador de la “estructura”. Con ello, se abre un campo inexplorado del que, sin embargo, depende toda la filosofía que, a falta de un mejor término, denominamos “contemporánea”. Althusser sería a la vez, su vanguardia y su condición, el punto más extremo de una transfiguración filosófica que, situada después de Hegel, se propone ir más allá de lo que una vez se llamó “estructuralismo”. ¿No ejercería Althusser el mismo gesto al interior del estructuralismo que Derrida habría operado en la tradición del pensamiento fenomenológico (el primero en base a la “politización” de la noción de “ruptura epistemológica”, el segundo en base a la “anarquía del noema”)? Quizás, sea ésta la razón por la cual nos sea absolutamente imposible pensar nuestra actualidad filosófica sin el crucial y, a la vez, ensombrecido pensamiento althusseriano. En su *Theatrum Philosophicum* Michel Foucault escribía que “quizás un día, este siglo será conocido como deleuziano”, afirmación cuya potencia creo que sólo se podrá medir si ese mismo siglo reconoce en Althusser su más íntima condición.